

¿Qué mito me escribe?

Zafer Şenocak

Zafer Şenocak (1961) es escritor turco-alemán y uno de los máximos representantes de la llamada Brückenliteratur (literatura puente), que se mueve entre las dos tradiciones culturales turca y alemana. En España se ha publicado su novela Una herencia peligrosa, trad. de A. R. Calero y C. Plaza, Pre-Textos, Valencia, 2009. 'Welcher Mythos schreibt mich?' fue publicado originalmente en el diario alemán Die Welt el 5 de junio de 1999, e incluido posteriormente en Zungentfernung. Bericht aus der Quarantänestation (Babel Verlag, München, 2001). La Torre del Virrey agradece al autor el permiso para su publicación en este número de la revista.

A quien escribe textos de ficción siempre se le pregunta por el origen de su escritura. El lugar donde nace no es el taller de escritura, aquí solo se formula y se le da forma lingüística. Las ficciones no se remontan a palabras, sino a pre-palabras. Esas pre-palabras proceden del trasfondo personal del autor, del mito de su escritura. Este mito surge generalmente de una experiencia de la infancia, de una experiencia clave.

Con frecuencia, la literatura es interpretada a partir de la biografía del autor. En el caso de autores que viven fuera de su propia geografía lingüística, las preguntas acerca de la pertenencia amenazan con ocultar otros detalles biográficos. La base mítica de su trabajo se escapa totalmente de la perspectiva.

“Ficción autobiográfica” le llamaba Peter Weiß a su modo de escribir. Así surgen también mis textos, en la tensión entre la experiencia personal y la imaginación lingüística. El estilo y la forma de mi trabajo literario nacen del modo en que se cruzan el mundo empírico y el poder de la imaginación oculto en el lenguaje.

Debido a mi procedencia, soy miembro de una minoría étnica en Alemania. Se trata de la mayor minoría que actualmente vive en Alemania, los turcos. ¿Soy entonces un autor turco? En primer lugar escribo mis textos en alemán, una lengua que aprendí con ocho años. ¿Soy entonces un autor alemán? ¿Quizá un autor de origen turco que escribe en alemán? ¿Soy algo que no puede o que

no debe existir en absoluto? Cuando comencé a escribir, no me hacía ese tipo de preguntas.

La escritura le coge a uno desprevenido. Es un acto inesperado, sorprendente. Los bailes y los ejercicios preparatorios se celebran en secreto. Nadie ve al autor en el otro. Pero en mí siempre vieron al turco. Todavía debía aprender que escribir y ser turco van directamente unidos. “¿Usted habría escrito si no hubiese venido a Alemania?”. Yo suponía que detrás de esa pregunta hipotética, que solía responder de forma afirmativa, no había ningún tipo de discriminación. Hasta que un día alguien me preguntó si en Turquía había una literatura digna de mención.

A uno le hacen preguntas de todo tipo. ¿Te preguntan en calidad de autor o en calidad de turco en Alemania? Si, siendo turco, publicas un libro en alemán, ¿te leerán como un autor alemán o como un escritor turco? Cuando los turcos que estaban en Alemania empezaron a escribir, y además en alemán, los alemanes se quedaron bastante sorprendidos. Al fin y al cabo, en los convenios sobre la contratación de trabajadores no ponía ni una palabra sobre literatura. Aún hoy en día, los alemanes se siguen sorprendiendo ante el fenómeno del escritor turco que escribe en alemán. Como es sabido, la sorpresa puede obstaculizar la percepción de algo. Obliga a superar esos momentos de rigidez, de estupefacción, de incapacidad de pensar y reaccionar con preguntas convencionales. ¿Dónde ha aprendido alemán? ¿Cuánto tiempo lleva en Alemania? ¿Escribe también en turco? ¿Tiene

previsto regresar a su país? No se leen los textos del autor, se lee la biografía que han escrito a su medida. La procedencia sustituye a la biografía. El cuerpo del texto con su propio formato y sus pre-palabras ocultas desaparece tras la imagen del autor. ¿Cuál es la motivación que hay detrás de este tipo de lectura? ¿Miedo al asombro? ¿Preocupación por entender o no entender, sentimiento de extrañeza, ya sea real o figurado?

¿No precede el asombro a todo disfrute estético? Muchas personas que vienen a escuchar mis textos me preguntan por detalles biográficos. Nadie me pregunta casi nunca por la base mítica de mi trabajo. En algunos estudios sobre literatura aparece junto a autores con los que me une un único detalle biográfico: ser un no-alemán en Alemania.

Pero la ficción no se deja repetir a voluntad. Es una expresión única y personal del conocimiento lingüístico. Una base de la experiencia en la estructura profunda de la conciencia humana. La ficción se corresponde con la base mítica que convierte al escritor precisamente en lo que es, un inconfundible intérprete de su mundo y su tiempo.

¿Cuál es entonces el mito de mi escritura? ¿Qué mito me escribe? Creo que con las siguientes declaraciones no revelo nada que no se encuentre en mis poemas o en mis textos en prosa. Mis ensayos son las muletas en las que muchos se apoyan cuando quieren hacer equilibrios sobre la senda de mi ámbito de trabajo. Pero en los ensayos se expresa únicamente la cara externa de mi literatura. Los caminos hacia el interior parten de la lírica y de la prosa de ficción. El mito de mi escritura, que tira como una cuerda a través de casi todos mis libros, se alimenta de una ambivalencia que ya de niño sentía en mi entorno más cercano: la ambivalencia entre un conocimiento del mundo racional y místico, expresado de forma moderna, misterioso; la ambivalencia entre la física y la metafísica. Habiendo nacido en un país dividido, cuyo conocimiento del mundo sufrió una revolución en el marco de una generación, en una familia que se encontraba entre la tradición y la modernidad, experimenté muy pronto la inexactitud de las polaridades simplificadas. No había ningún espacio de síntesis entre tradición y modernidad, entre racionalidad e irracionalidad; más bien esos supuestos polos funcionaban como un espejo corrector entre ellos. La tolerancia de la mística y el poder uniforme de la modernidad, el juego abierto del conocimiento racional, así como los estrictos y cerrados círculos de pensamiento de la dogmática, no crearon polos opuestos en sí mismos, sino que fueron hitos que habían quedado sin función en un campo de ruinas en el que cada elemento requería autonomía y, sin embargo, todo estaba relacionado con todo de forma ambigua. El mito de mi escritura nació en ese campo de ruinas que

me parece un espacio para el juego con infinitud de posibilidades.

El escritor está emparentado con el arqueólogo. Es el arqueólogo de su propio campo de juegos. Puede ser que se tropiece con piedras que ya no caben en ningún edificio. Entonces se da cuenta de que no solo reconstruye edificios, sino que también proyecta nuevos. El material en el campo inspira, te desafía, te hace desesperar. En una época en la que está de moda la percepción dicotómica entre culturas, se reactivan de nuevo los conflictos arquetípicos entre Oriente y Occidente, o entre religiones. Bajo mi punto de vista, el autor no está en medio, sino que lleva en sí todos los elementos distintivos con los que ha entrado en contacto.

En mi caso, yo estoy en contacto con la cultura anatólico-islámica y sus cruces específicos, con la cultura oriental de Estambul, con los escritores alemanes que han estado en contacto con algo diferente, algo que no los hacía idénticos a la lengua alemana en la que ellos escribían, sobre todo con los escritores judíos en lengua alemana como Kafka, Benjamin, Scholem o Celan. En todos ellos el mito de la escritura está estrechamente unido a la tradición religiosa, sobre todo a su interpretación mística.

Yo aprendí a distinguir entre un lenguaje frío y uno cálido. El lenguaje frío me remitía a la formulación de certezas, a la razón y su dosis de comprensión, a las definiciones, a la precisión matemática. Por el contrario, el lenguaje cálido me llevaba al río de la lengua, a la metáfora con sus clarososcuros, a la ambigüedad, a la poco clara conexión entre mística y razón. Mi padre me ha transmitido los textos místicos. En mi mundo, él representaba la fe. Un hombre que durante toda su vida ha luchado contra la modernidad, pero de forma totalmente diferente a los fanáticos, esos que solo hacen valer su propio mundo. Mi madre representaba las matemáticas, solo cree en lo que puede contar. Sin embargo, el lenguaje de mi padre era frío y el de mi madre, cálido; se volvía a romper una polaridad creída como cierta, una estructura dicotómica. Si le atribuía propiedades más bien místicas a Eros, como era de esperar, este desaparecía en el frío lenguaje de los textos antiguos; si lo confiaba a la calidez femenina, su lenguaje se hacía incomprensible.

Había nacido el mito de mi escritura. Nació en el punto de ruptura entre razón y mística, en la es-

El mito de mi escritura se alimenta de una ambivalencia entre un conocimiento del mundo racional y místico; la ambivalencia entre la física y la metafísica

tación de Eros donde llegar y partir son el elixir de la vida de todos aquellos que hace mucho tiempo que no esperan la llegada de los ángeles.

Desde luego no solo el origen y las coordenadas biográficas asumen la responsabilidad del mito de un escritor. ¿Fue una casualidad que yo, a principios de los años ochenta, tomara distancia de las técnicas de la lírica de la vida cotidiana que determinaban la forma de escribir poesía en Alemania en aquella época? Me sentía atraído por poetas de los años cincuenta como Eich, Bachmann, Huchel o Celan. Componía con gran profusión de metáforas, me alejé de las máximas de la recatada poesía gnómica alemana. En el lenguaje expresivo con el que comencé a escribir participaron la naturaleza, el mundo animal y un acercamiento a los mitos de la vida cotidiana que se amontonan en las montañas de basura producidas por nuestra civilización, la percepción de las fracturas en la modernidad tardía, las fracturas de civilizaciones del siglo XX, así como las grandes ciudades con su peculiar atmósfera de partidas y despedidas.

El acercamiento a la metáfora supone algo más que una simple particularidad estilística. La metáfora es el núcleo de toda experiencia metafísica que supera el conocimiento racional. Es el secreto que nos queda en un mundo de descubrimientos. Nuestro mundo secularizado y dominado por la racionalidad reacciona con pánico ante los misterios, son tratados como reliquias de otros tiempos. A pesar del malestar ante los secretos, la época moderna no ha podido suprimirlos ni sustituirlos por otra cosa. Así, la metáfora actúa como un fallo, como una parte no resuelta del lenguaje. No puede ser descifrada a través del pensamiento racional, lineal.

Los años ochenta se ocuparon de la historia con fuerzas renovadas, sobre todo de aquellos periodos históricos reprimidos por la Ilustración, como fue la Edad Media. Las tradiciones místicas se volvieron a inscribir en el recuerdo. El concepto de gnososis emergió a partir del hundimiento de los seminarios histórico-religiosos. Un malestar ante los puntos de vista de la Ilustración se extendió por todas las Humanidades. Para todos estos fenómenos se creó un término nuevo: la época posmoderna. Más allá de ciertos términos clasificatorios como modernidad y posmodernidad, que deberían ser más relevantes para un científico que para un escritor, reconozco un espíritu de una época que hace tiempo se escapó de su botella. Percibimos nuestro tiempo como recuerdo, no tanto como recuerdo del pasado, sino más bien como recuerdo del presente. Predomina un escepticismo básico en cuanto a los medios y los métodos de percepción en la época moderna. Este escepticismo confunde nuestra situación en el presente, evoca fundamentos recopilados de diferentes épocas y lugares. Nuestro mundo se ha convertido en un

espacio en obras. Sin embargo, no se puede construir nada siguiendo un determinado plan.

No corren malos tiempos para los autores, según mi opinión. Se les reta a que proyecten planos que serán juzgados no tanto por su validez como por su capacidad de fantasía.

Si se quebrantan los valores fundamentales de la época moderna y de la Ilustración, sufrirán turbulencias los modelos de comunicación para el entendimiento entre culturas. Uno de los valores fundamentales de la Ilustración era la creencia en la posibilidad de la comunicación humana. En la era de la comunicación multimedia, se da una nueva forma al concepto de entendimiento. Los modelos hermenéuticos son más considerados por el fracaso del entendimiento que por su éxito. De este modo, se desarrolla una hermenéutica negativa que cuestiona de manera crítica lo presuntamente comprendido, y que mueve lo incomprendido, lo reprimido, hacia el centro de atención.

A nuestro mundo no lo atraviesa un abismo, sino muchas grietas visibles e invisibles que nos unen y nos separan al mismo tiempo.

TRADUCCIÓN DE

Carmen Plaza y Ana R. Calero